

Heber Sidney Quijano Hernández

LA PUERTA DEL INSOMNIO

Dormir es el principio del derrumbe.
JORGE PECH CASANOVA.

Cuando la noche se acerca incesantemente por el horizonte, la existencia se hace más insoportable, *no puedo dormir, tengo insomnio*, y el olvido tarda siempre más tiempo en llegar. La noche es una metáfora de la muerte y nadie puede escapar de ella como lo hacen los recuerdos en la mente, *tengo dos años sin dormir, sin poder conciliar un sueño que siquiera me explique esta situación*.

En la noche, la suerte está echada y no se puede redimir, *a veces, en esas noches en vela, pienso en un largo pasillo*, son las sombras las que mandan y no dejan que el destino nos alcance, siempre lo cambian, siempre transgreden la línea, *y es como una herida que no mana sangre, mana sueño, cansancio*. Si la distancia es una gran incertidumbre, la noche es una detonante. La conciencia se pierde entre luces que no alumbran y, aunque corras, no puedes escapar: te siguen, corres, quieres huir, pero el callejón se cierra como las nubes. *He tratado con pastillas y no puedo dormir*, y es como un castigo el cielo cerrado y el callejón también, y la luz que deslumbra en el cuerpo y un líquido caliente escurriendo por el piso, *quizá es una condena*.

Después, las sirenas nadando al aire libre con su voz atemorizante, el suelo como un fute largo y pesado, conciso. Los gritos, *cuando siento temor me agazapo a la cobija y el frío no deja de sudar hielo*, de repente golpes, *¡om,*

y el conocimiento, *¡pom*, que se escapa tras las sombras que no alcanzas a distinguir. El vehículo avanza mientras caes en un sueño de mármol, duro, impenetrable. *¡Cómo quisiera huir de esta certidumbre!*, anoche pensé que sí había solución, que el destino siempre es el mismo para todos y que no puedes escapar por más que huyas, ni siquiera durmiendo.

Sólo recuerdas la cama blanca, la sal en tus labios secos y un malestar escondiéndose en las entrañas. Preguntas la hora, y no hay nadie que te responda, *por eso no puedo dormir, sé que va a ocurrir mañana o un día después de mañana, o un día más, sólo falta esperar*, hasta que finalmente oyes una voz que te despierta. Sí, estoy bien, respondes sin saber siquiera dónde estás, y esa espera es un martirio, una larga y afilada hacha que desciende lentamente encima de mi garganta, la cual sella su designio con un líquido caliente.

Esperas la visita ecuánime y halagadora de una respuesta. Evidentemente sabes que esa noche no ibas solo, que falta un espacio en la entraña que la sábana dibuja en tu cuerpo, *¿me entiende?*, no puedo dormir, ya no sé qué hacer con todo esto y mañana es mi último día aquí. Poco a poco recobras el conocimiento, percibes el olor a esterilidad, el brillo que provoca, el blanco que resplandece hasta en las noches cuando despiertas sosegado por el frío, con sed y dolor de cabeza; en las noches cuando sientes el transcurso del espacio bajo tus pies como una marea que no cede al movimiento, *cada vez que veo esa puerta nadie habla, esa puerta con su silencio y todas sus caras humilladas*. Te mueves en la cama como si la pesadilla no hubiera terminado todavía y no supieras si en realidad ha terminado o sigues inmerso en ella.

No, es imposible, no puedo dormir, cada vez me siento más absurdo sumando rayas de gis. De pronto, despiertas, sabes que todo terminó, que estás en un hospital con una herida de veinte centímetros que te demanda el reposo absoluto hasta la petrificación, y el recuerdo mismo de la noche, y el líquido espeso congelado a su alrededor, como una firma, *desde niño le tengo miedo a la noche, tengo miedo a quedarme dormido y no poder percibir todos los sonidos que salen de esa puerta cerrada y casi inabarcable*.

Despiertas otra vez, ahora con la certeza de que no ibas solo, de que a tu hermano mayor lo *picaron* tres veces mientras tú te defendías a la luz de la luna de una noche larga y cruel, noche que sentenciaba con sus paredes el callejón que asomaba con sus ladrillos, el callejón que era laberinto recto, plano y de sólo un sentido. Y sabes, ahora, en este instante de rayo que parte tu frente, que la adrenalina te paraliza el cuerpo y cierra esa posibilidad de movimiento, que el piso es como una tumba, *ya vienen por mí, era inevitable, ya oigo sus pasos, —¡Padre!*, que el piso era un vampiro bebiéndose con su boca de alcantarilla a tu hermano, *tiemblo de frío, cuando la puerta me saluda con su silencio que calla, sabes que está muerto, oigo la última oración, el rostro vulnerable de mi abogado al oír la sentencia...*, no puedo dormir. LC